

ENTREVISTA

Recuerdos de Lubio Cardozo: En Haa en la memoria



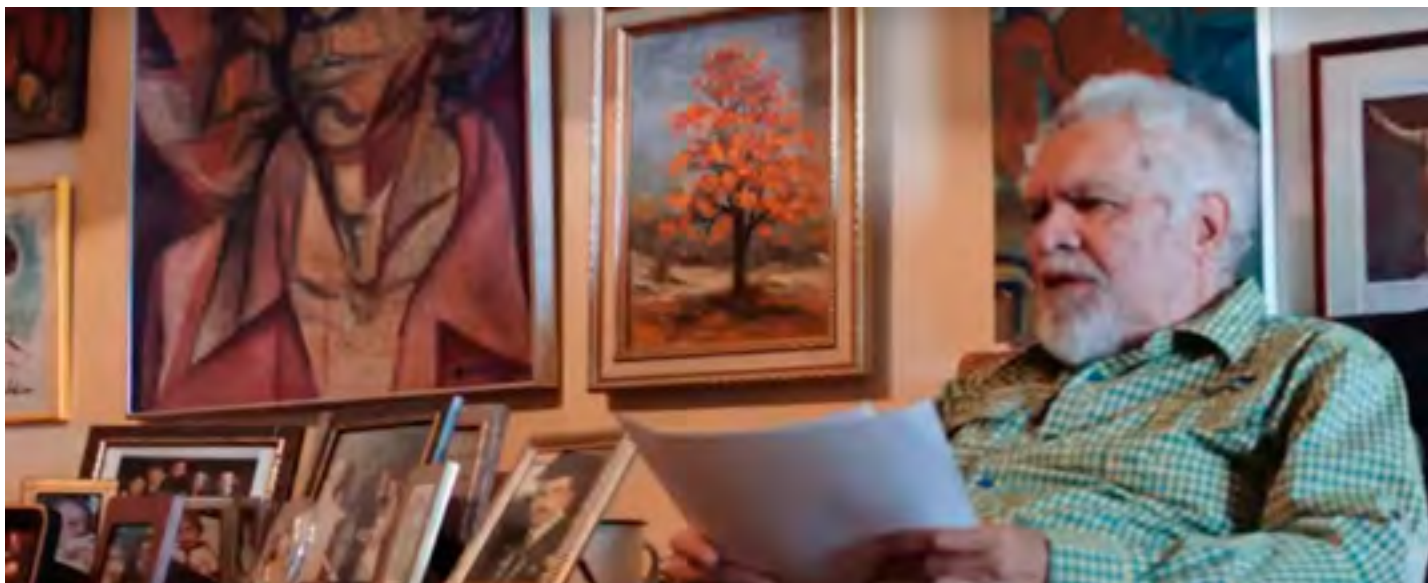
Monólogo con Gonzalo Fragui y Emundo Aray

Un aspecto común en el impulso de agrupación para originar EN HAA: la necesidad de trascendencia, elemental implicación del proceso creador. Pero enseguida, lograda esa vinculación, otra vez el resurgimiento total de la individualidad. Tantas direcciones de partida, ajeno a jerarquías o reglas. Y finalmente, además de la coincidencia humana, idéntica posición ideológica ante la auténtica fibra sufriente del país. Esto es EN HAA, multigrafiada y definida. Simple plataforma desde donde materializar la expresión.

Prospecto de la revista publicado en el primer número

Julio- septiembre 1963

Lubio Cardozo nació en Caracas (1938). En la Universidad Central de Venezuela se licenció en Letras. Luego se arraigó en Mérida. Y desde la Universidad de Los Andes desarrolló una serie de iniciativas en las áreas de la docencia, de la investigación y de la creación literaria. Su obra corre por libros, artículos de revistas, videos, etc. En los años 60, antes de tomar a Los Andes como su residencia, participó en la fundación de la revista *En Haa*. Los poetas Edmundo Aray y Gonzalo Fragui lo sentaron en un cómodo mueble de su casa de Mérida y oyeron esto que ahora nosotros reproducimos, y que hemos tenido a bien organizarlo al amparo de algunos títulos ondenadores.



Cómo nació En Haa

En el año 1955 llegué yo a Caracas. Me incorporé a estudiar en el Liceo de Aplicación. Excelente liceo, con excelentes profesores. En el año 1960 comienzo a estudiar en la Escuela de Letras, de la Universidad Central de Venezuela. En el primer año, estaba yo en los pasillos de la Facultad, que era una facultad bellísima, y debe serlo todavía; esos pasillos, aquellos patios... hasta allí se acercaron tres jóvenes, que se presentaron como Carlos Noguera, Jorge Nunes y José Balza, para invitarme a formar parte de una revista literaria. Les dije, “cómo no... ¿pero de dónde tienen ustedes noticias de mí... que a mí me gusta la literatura...?” Me contestaron... «primero, estás estudiando letras y segundo, supimos de ti por Teodoro Pérez Peralta». Teodoro tenía una experiencia en el trabajo de la difusión de la literatura. Había tenido la responsabilidad de pequeños periódicos, sobre

todo de arte y de cine. Nos sentamos en el cafetín de Economía y dialogamos toda esa tarde y hasta cuando llegó la noche, sobre qué era lo que queríamos. Quedamos en volvernos a ver una semana después en un café llamado el Café Río, que estaba en una transversal que desembocaba en la calle principal de Sábana Grande. A esa reunión asistieron Teodoro Pérez Peralta, José Balza, Carlos Noguera, Jorge Nunes, Yolanda Capriles, mi persona; creo que había otra joven, no sé si era Marina Castro; no me acuerdo bien. Lo más probable era que haya sido ella, porque era muy amiga de José Balza y Carlos Noguera. Ah... y Argenis Daza Guevara. Como decía José Barroeta, el que nos pastoreaba a nosotros era Teodoro Pérez Peralta. Pepe lo llamaba “El Gurú”. En esa reunión lo primero que acordamos era que no íbamos a ser un grupo literario. Sino un grupo que iba a sacar una revista. Pero como éramos estudiantes y no teníamos recursos, Teodoro quedó en que podía garantizarnos un número cada tres meses, multigrafiado. El tenía todo el equipo; porque venía de una experiencia de publicar revistas pequeñas, para propagandas... Tenía una buena experiencia, con los rudimentos de impresión de aquel momento. Allí se llegaron a unos acuerdos; uno que no iba a ser un grupo literario, sino un grupo responsable de una revista abierta. Iba a haber una especie de equipo responsable de la revista, de su salida, de conseguir los recursos para su impresión y su distribución, pero abierto a quienes quisieran traer sus colaboraciones. Inclusive, estábamos abiertos a cualquier edad. Aunque éramos más o menos todos jóvenes y más o menos parejas, eso quedó abierto... lo único que se pedía era que sus textos tuviesen calidad. Generalmente siempre admitimos los que nos enviaban. Creo que nunca llegamos a rechazar ningún texto. Pero acordamos otro criterio muy importante... y esto debe quedar muy claro; lo trajo a la mesa Yolanda Capriles. Fue el siguiente: existen otros grupos literarios, conformados, con sus revistas. Pero eso eran grupos que tenían detrás un padre político, que les daba todas esas facilidades para que funcionaran, recursos económicos, distribución, estímulos... pero le exigían el compromiso político manifiesto. Obvio; estábamos seguros de que la revista *Tabla Redonda*, del Partido Comunista, no le iba a pedir que tuviesen que hacer manifiestos constantemente, no; pero sí que pedía una poesía que identificada con ese proceso que comenzaba... de inquietud revolucionaria, un poco violento. Es decir, una exigencia que llamaría de militancia. Yolanda se comprometía a trabajar con nosotros de todo corazón, siempre y cuando nosotros- aunque ella sabía que todos éramos de izquierda, inclusive ella- no hiciéramos de la revista un instrumento de ningún tipo de organización política de izquierda. El único compromiso era con la literatura. Con la poesía. Con la narrativa. Con el teatro. Inclusive con la pintura y con la música, si tuviéramos la suerte de incorporar a miembros de esos sectores. Pero no íbamos a aceptar direcciones dogmáticas. Todos aceptamos esa responsabilidad. Y asumimos ese compromiso de una manera muy leal. Voy a citar dos comentarios. Uno que salió al poco tiempo de un señor llamado Enrique Izaguirre, un cuentista, que estuvo por cierto en Mérida, buena persona. Él escribió poco, pero sus cuentos son muy dignos. Él dijo que la literatura de los hombres de Partido Comunista tenía que estar al servicio del Partido Comunista. Venía un proceso de confrontación violenta, y la literatura nuestra tenía que estar al servicio de esa confrontación. En eso fue categórico; y yo oí ese comentario. Curiosamente, los que estábamos en la revista *En Haa* todos teníamos compromisos políticos, inclusive dentro de lo que se iniciaba como la lucha armada. O sea, que teníamos posiciones radicales. Todos estuvimos en la lucha armada, de una u otra forma. Argenis Daza Guevara no era del PCV, sino del MEP. Del ala armada del MEP. Si se podría decir había un ala armada del MEP... pero más o menos así lo veíamos nosotros. Y Jorge Nunes, que era un poeta tan dulce, estuvo comprometido en la lucha violenta en el 23 de enero. Y a él le mataron dos compañeros de combate, y él lo lamentó muchísimo. No pudieron salir de una casa. Él sí salió a tiempo por una ventaja. Y los rodeó la Digepol, la policía de Acción Democrática y los mató. Les costó matarlos, porque ellos pelearon hasta el último cartucho. Todos los demás. Yolanda Capriles venía de la lucha contra Pérez Jiménez, dentro de las filas del partido. Era muy amiga de Alfredo Maneiro, quien fue el primer esposo de su hermana. Yolanda cuando la lucha contra la dictadura, trajo de México el documento del partido donde se conformaba la Junta Patriótica. Se necesitaba una corroboración de la directiva alta del partido, y ella fue la encargada de traerlo a Venezuela. Yo me preguntaba si todos los que estaban en otras revistas tenían el mismo compromiso y la radicalidad de nosotros. Pero nosotros fuimos incapaces de poner la revista al servicio del Partido Comunista. No. No lo íbamos a hacer. El PCV tuvo muchos periódicos, tuvo *Tribuna Popular*, era dueño de *Letra Roja*, aunque esta era más amplia. Edmundo Aray debe recordarlo; Edmundo tiene una memoria increíble. Lo que quiero decir con eso es que nuestro compromiso no dogmático, en ningún momento nos restó el compromiso existencial de cambiar este país. Hasta allí llegamos en esa reunión.

Cómo se le escogió el nombre

La tercera reunión la hicimos en una pizzería, en la avenida Páez de El Paraíso, que era un balcón que daba hacia la avenida Páez, y estaba como en un segundo piso. En ella Teodoro y José Balza dijeron: “Bueno, vamos ya a recoger las colaboraciones. Ya tenemos todo: papel, impresión, etc.” Todos enseñamos nuestras colaboraciones, y las que le habíamos solicitado a algunos amigos, que con mucho gusto nos las dieron. Balza indicó, “pero hay que ponerle el nombre a la revista”. Curiosamente, no habíamos pensado en eso. José sugirió “¿por qué no armamos un nombre con palabras que digamos aquí entre nosotros? “Alguien preguntó, “¿cómo se podría escribir la palabra bostezo?” ... creo que Argenis Daza dijo: “ahhhh...”. Alguien más, tampoco estoy seguro quién, agregó “en”. El toque definitivo lo dio José Balza: “La revista se va a llamar “En Haa”. Y así se quedó. Iba a ser una revista con un nombre que no significaba nada. Jorge Nunes dijo “esto es lo bueno de este nombre, no significa nada, porque lo que va a significar va a ser lo que va a venir después. El significado se lo vamos a dar nosotros”. Eso nos llenó mucho de satisfacción.

Le entregamos los materiales a Teodoro. A los doce días nos llamó y nos dijo: “Nos vemos en el cafetín de Economía, que les tengo una sorpresa”. Realmente, llamó por teléfono a Yolanda; ella tenía teléfonos, tenía sus comodidades. Y le dijo “dile a los muchachos que nos vemos en la cafetería de Economía”. Y llegó Teodoro con cincuenta ejemplares. “Esta vez sacamos cuatrocientos ejemplares, y vamos a ver cómo los distribuimos”.

¿Quiénes la hicieron?

Yo quiero destacar aquí varias personalidades. Una, ¿quién es Teodoro Pérez Peralta? Él era llanero, de Apure, no sé si de San Fernando. El papá tenía un negocio, creo que una bodega o un almacén allá en San Fernando. Se vino a Caracas por deseos de hacer su vida, diferente de estar allí en una bodega, atendiendo los negocios de su papá. Sin un centavo y empezó a trabajar de aquí o de allá; nunca buscó empleo de horarios. En eso era demasiado libre. Y vivía en la pensión El Mamey, en Caracas. Allí fue donde nos conocimos. Eso quedaba cerca del Centro Simón Bolívar, pero mirando hacia el sur. Los primeros cuartos eran de inquilinos; después de la mitad, era una casa de vecindad. Allí se veían señoras con niños y gatos...maridos y pleitos. Era un ambiente extraordinario. Para quien entiende esos ambientes. Me recordaba un poco *La Colmena*, de Camilo José Cela. Muy parecida *La Colmena* a lo que era la Pensión Mamey. La cama de Teodoro Pérez Peralta estaba sobre un colchón de libros... por todas partes. Además, él vendía libros. Era otro negocio que tenía. A mí me vendió una cantidad de libros. Era cuentista. Era un narrador que reflejaba su espacio; él no endulzaba su narrativa. Trataba de ser un transmisor ultrarrealista del mundo en que vivía y que él vivió, porque estuvo preso cuando Pérez Jiménez y todo ese mundo de la cárcel también está en su narrativa. Un gran narrador. Dos veces envió sus libros de cuentos a Monte Ávila, y nunca le publicaron. Él editó modestamente sus libros. Fue el responsable de la impresión de la revista, y quien nos agrupó. Y como decía Pepe Barroeta, era nuestro Gurú; nos pastoreaba. Nos llamaba; “no nos hemos reunido...”. Nunca estudió una carrera sistemática. Comenzaba una carrera, la dejaba... “Ya yo aprendí lo que tenía que aprender allí...”. Yo me vine a Mérida; perdí el contacto con Teodoro. Dejé la Pensión Mamey en 1965. Teodoro me dijo que se proponía llevar la revista hasta el número 30. Me lo decía por carta. “Voy por el número veinte”, me dijo una vez. “O cerca del veinte”. La última vez que hablé con él, fue una vez que fui a Caracas y me hospedé en el Hotel El Conde. Allí había un acto de escritores de Caracas y él estaba allí. Nos encontramos. Nos saludamos con mucho aprecio. Y allí me dijo: “ya me acerco al número treinta. Ustedes se han abierto con otras revistas; cosa que me parece muy bueno”. Yo tuve como alumno a José Pérez, que actualmente es profesor de la UDO en la Asunción. El me mostró su primer libro. El cuento que se llama “El jardín del tiempo” me sorprendió, porque ese cuento se parecía mucho a los relatos de Pérez Peralta. Le recomendé que lo buscara en Caracas. Lo consiguió. Se hicieron grandes amigos. Incluso, José Pérez lo invitó a la Asunción. Él tenía el proyecto de editarle todos los cuentos a Teodoro. Pero nunca lo materializó.

El otro personaje fue Yolanda Capriles, una mujer sumamente culta. Cultísima. Yo no sé en dónde cabía en esa cabeza tan joven tanto conocimiento. Era mayor que nosotros. Había tenido la experiencia de la lucha contra Pérez Jiménez. Tuvo ir al exilio. Se fue a Francia, donde vivió mucho tiempo. Ya antes había vivido en ese país, porque su papá era diplomático, cuando Gómez. El papá fue embajador en París. Dominaba perfectamente el francés. Vivió también en Italia. Regresó a Venezuela después de la caída de Pérez Jiménez. Era muy amiga de la gente de Sardo. Sobre todo era muy amiga de Alfredo Silva Estrada y de su esposa, Sonia Sanoja. Ella fue la primera esposa de Mario Sanoja. Yolanda escribió muchos cuentos y escribió un libro que se llama *El arquero dormido*, publicado por MonteÁvila. Se molestó mucho porque un señor allí, que era el director de entonces, le hizo unas correcciones, que no eran correcciones... sino que tachó unas frases, movió algunas palabras. En fin, no estuvo muy contenta con esa edición. Fue un libro de muy buena aceptación en Caracas. Con título bellísimo. Lo más simpático fue que Ednodio Quintero publicó un libro con el título de “Arquero dormido”. Un día me conseguí con Ednodio y le dije que ese libro llevaba el mismo nombre del libro de Yolanda. Me dijo: “Claro, está inspirado en su libro. Sobre todo la tercera novela”. Porque ese libro de Quintero está formado por tres novelas. Esa tercera novela no es que está inspirada en libro de Yolanda, sino que él toma ese título y hace una reflexión sobre *El arquero dormido*. Interesante reflexión. Habla muy bien de su obra... creo que son unas de las palabras más hermosas que se han escrito sobre Yolanda Capriles. Una novela curiosa, porque él habla dentro de esa novela. Claro se refiere a otra cosa, es una novela dura, por cierto... Muy bien escrita, porque Ednodio es un buen escritor. Y le hizo ese homenaje, creo que es el único homenaje que le han hecho a Yolanda. Ese es otro personaje del que yo quería dejar testimonio. Ednodio pulseó, como buen narrador, a la mujer que era Yolanda Capriles.

Marina Castro era una mujer que se las traía. En verdad, ella la amistad la tenía con Jorge Nunes, Carlos Noguera y Jorge Nunes. Fueron ellos quienes la trajeron a *En Haa*. Así como yo llevé a Yolanda Capriles. Ella era una bogotana, muy bogotana. Hablaba un castellano muy transparente. Vino a estudiar a la Universidad Central de Venezuela, me imagino que psicología. Nos encontrábamos por coincidencia en la Biblioteca de la UCV, donde yo trabajé.

Jorge Nunes. Si yo tuviera que definir a Jorge Nunes, lo definiría como un hombre que era la bondad, convertida en ser humano. Muy leal en la amistad. Buen poeta. Buen narrador. Tiene una novela que se llama *Ninfas, fábulas y manzanas*, que fue un libro exitoso en su momento. Un gran amigo, muy leal. Y no solo fue amigo mío, sino de mi familia. Fue amigo de Rosa, mi segunda esposa. De mi hijo Ibrahim, que es médico, y de mi hijo Simón, que está en Maturín. Pasaba temporadas en Rubio, en

la casa de Rosa, con su esposa.

Carlos Noguera siempre tuvo un perfil de administrativo. Es un gran narrador. Incursionó en la poesía con dos poemarios publicados. Le vi como un buen administrador de intelectuales, como lo que sería un potencial decano. Un potencial rector. Tenía ese don. Por eso en Monteávila hizo un excelente papel. Y difícilísimo, porque era la Monte Ávila de la transición. De la cuarta república, a la quinta. Imagínate lo que es nadar entre cuatro o cinco corrientes de agua simultáneamente y lo hizo muy bien.

Argenis Daza Guevara, si mal no recuerdo, estudió en una Escuela llamada “Gervasio Rubio”, que era una escuela de formación de profesores. Y trabajó en la docencia media, en Caracas. Tenía un gran sentido de lo que es la poesía y un instinto de lo que es la poesía. Además de sus lecturas. Poseía un olfato de poeta extraordinario. Además, él arrastraba en su vida espiritual todo ese mundo oriental, tan distinto al mundo nuestro de Los Andes. Y ese mundo está presente, pero con una gran altura, en su obra lírica. El mar, los pescadores, esas poblaciones de la costa. Y también ese dolor de Venezuela, de esos años 60. Lamentablemente murió joven. En un accidente, se cayó de una escalera y se fracturó el cráneo.

Aníbal Castillo lo trajo también el grupo de los psicólogos. Cuando llegó era sumamente joven. Creo que tendría 18 años. Era poeta. Supe que había escrito literatura infantil. Frecuentó poco el grupo. Pero siempre llevaba sus colaboraciones. También sus vínculos eran más bien con Carlos Noguera, José Balza y Jorge Nunes.

Armando Navarro era un ensayista, muy culto. Y su vocación era escribir ensayos. Tenía una vocación de ensayista nata. Y José Balza lo admiraba mucho como ensayista. Decía que era la voz del nuevo ensayo venezolano. El decía que con Luis Beltrán Guerrero terminaba el ensayo conocido y Armando Navarro abría una nueva perspectiva de la ensayística venezolana.

El vínculo con los otros grupos literarios

A *En Haa* fueron llegando nuevas colaboraciones. Allí escribió Gustavo Pereira, Rita Valdivia, Luis José Bonilla, Eduardo Lezama, José Barroeta nos acompañó en más de una oportunidad en el Café Río, que pasó a ser el sitio más seguro, después de las cinco de la tarde. Salíamos de la Universidad y nos encontrábamos allí. José Barroeta nos estimuló mucho. Venía de Valencia, del grupo de Teófilo Tortolero, Eugenio Montejo... ellos eran un poco mayores que nosotros. Pero tenían una especie de superegos. *El Techo de la Ballena*, que era heredera del ala izquierda de *Sardio*, se pensaba que ellos eran los que heredaban la generación de Liscano, de Picón Salas y tantos otros. Nunca nos invitaron. Creo que tampoco hubiésemos ido. Coincidían algunas veces con ellos Jorge Nunes, porque a él también le gustaba la vida de los bares de Caracas que era muy agradable. Jamás hubo una relación amistosa densa con ellos. Lo que había era el saludo cordial, más nada... Porque ellos ni siquiera sabían que nosotros existíamos. O no sé cómo nos verían... no sé... La revista me siguió llegando a Mérida, yo la llevaba a la Biblioteca de la Facultad. Luego José Balza y Jorge Nunes me invitaron a colaborar en una revista que iba a ser continuación de *En Haa*, que se llamó *Jaquemate*. Allí publiqué un artículo sobre Yolanda Capriles, que acaba de morir. Me lo pidió Nunes. Teodoro me dijo: “Bueno, ellos sacaron *Jaquemate* y yo sigo con *En Haa*. Mi propósito es llegar al número 30”. Ya había una diferencia. El grupo de Caracas buscaba el trabajo impreso. Tal vez con aspiraciones de ser más difundida. Después salió *Falso Cuaderno. Jaquemate* dejó de salir y José Balza se metió en otra empresa, y me invitó también a colaborar. Le envié unos poemas y él los publicó en la página central, con una nota introductoria de él, muy bonita, con esa delicadeza que siempre ha caracterizado a José Balza. Esa era la vida de Caracas, de la que yo estaba muy alejado, en Mérida. Luego me fui a España dos años y medio y seis meses en Inglaterra. Y... esas cosas... se van como invisibilizando.

La resonancia de En Haa

En una de esas reuniones, nos preguntábamos cómo íbamos a distribuir la revista. Teodoro Pérez Peralta dijo que tenía un directorio internacional, y habló de crear un fondo económico para esos envíos. Ese directorio era extraordinario, asombroso... Tenía relaciones epistolares con Margaret Randall, escritores de Panamá; había un grupo allí muy activo... con México, con la UNAM, con Colombia. Todos los nadaistas recibían la revista *En Haa*. Un pintor que se llamaba Omar Rayo. Yo creo que él llegó a mandar ilustraciones para la revista. Con escritores del Perú... con escritores brasileños, con el grupo del letrismo, que fundía la palabra con el dibujo, y con un sentido sarcástico, con Clemente Badin, y con los argentinos que seguían esa misma tendencia escritural. Con Francia, con Italia, allí había un señor que tenía una revista llamada *Ausonia*, que luego intercambió cartas conmigo, porque a él le interesaba la relación de Andrés Bello con Petrarca. Teníamos contacto con un grupo de intelectuales que se reunía en Suiza. Eran los años 60... los años sesenta eran maravillosos. Todo eso lo tenía registrado Teodoro Pérez Peralta. ¿Cómo lo hizo? No lo sé. Muchas de esas relaciones me las traje a Mérida, al Instituto de Investigaciones Gonzalo Picón Febres. Todo gracias a Teodoro Pérez Peralta.

La versión en video puede consultarse en <https://www.youtube.com/watch?v=RYtChduM7Ps>